

El Impacto en América Central del debate actual de la Izquierda

En Europa

Rolando Araya Monge

No cabe duda de que se ha producido un cambio en la posición de la izquierda mundial, a partir del derrumbe del bloque comunista y el fenómeno de la globalización más reciente. Y esto ha afectado a la socialdemocracia europea, incluyendo los partidos socialistas y laboristas. En medio de la Guerra Fría y el fuerte debate ideológico de las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, la Internacional Socialista, centro del sector más fuerte de la izquierda europea, mantuvo una fuerte beligerancia. Sus posiciones produjeron un gran atractivo a partidos de izquierda democrática en América Latina, África y posteriormente Asia y los países del Este Europeo. Algunos partidos, con posiciones más a la izquierda, al perderse el alero soviético, también buscaron ubicarse al lado de la socialdemocracia.

La situación de hoy es diferente. Aparte de la ausencia del romanticismo de los años setenta y ochenta, hoy no se distinguen posiciones como la de Willy Brandt, con el diálogo Norte-Sur, u Olaf Palme, que alcanzó un gran prestigio por su posición con la guerra en Viet Nam y sus opiniones en torno a la justicia internacional. Tampoco se ven ideólogos de la talla de Francois Mitterrand, Bruno Kreisky y otros. Durante la década de 1970 y años posteriores, la socialdemocracia europea, el centro más influyente y poderoso de la izquierda europea, libró batallas contra la dictadura de Pinochet, en Chile, por la paz en Centroamérica y tuvo una gran influencia en el proceso que ha culminado con elecciones libres en América Latina. Sus posiciones con respecto a la paz mundial, la justicia social, la democracia, el respeto a los derechos humanos, la acción del estado por

el desarrollo económico, y otras banderas de tinte socialdemócrata eran conocidas por doquier.

Pero los vientos han cambiado. La ofensiva del Presidente Reagan y la Señora Thatcher, en contra de las posiciones de la izquierda socialdemócrata alcanzó dimensiones globales. “El gobierno es el problema, no la solución”, decía Reagan en abierto desafío a las posiciones keynesianas. Con la caída del Muro de Berlín, la disolución del bloque comunista y la desaparición de la Unión Soviética, se produjo un terremoto político, cuyas réplicas tuvieron efectos en la socialdemocracia. En el Congreso de la Internacional Socialista de Estocolmo, en 1989, empezó a notarse la presencia de una nueva generación de ideas, a tono con las nuevas circunstancias. Los líderes socialdemócratas empezaban a aceptar una disminución del papel del estado y se notó un flirteo con una mayor dependencia del mercado, como ya preconizaba el pujante neoliberalismo en el mundo. Los discursos de Felipe González, Michel Rocard y otros empezaban a anunciar posiciones nuevas, cercanas a un supuesto pragmatismo.

Los representantes latinoamericanos no percibieron entonces los efectos que todo esto habría de generar en la evolución política posterior. Cuando América Latina es arrollada por una ola de liberalización, de privatización, de mercantilización y otras posiciones semejantes, los socialdemócratas no solo no jugaron un papel contestatario, sino que en muchas ocasiones se abanderaron con esas ideas. El único país que ha resistido y sigue resistiendo al neoliberalismo es Costa Rica, ante la indiferencia de la dirigencia socialdemócrata del mundo, la cual encuentra extraño que el pueblo costarricense, librando una desigual batalla, esté impidiendo la aprobación de un TLC

con los Estados Unidos, el cual ha sido visto por los costarricenses como una camisa de fuerza ideológica neoliberal a perpetuidad.

Los años del pensamiento único, el fundamentalismo de mercado y hasta del fallido “fin de la historia” se posicionaron en el debate mundial, sin que se oyeran voces como las del diálogo Norte-Sur y la necesidad de lograr mayor justicia internacional. Después de casi treinta años del anuncio, por parte de Alvin Toffler, de la irrupción de la Era del Conocimiento y la seducción generalizada que produjeron aquellas ideas, se puede hacer un balance de los resultados y las posiciones asumidas por los socialdemócratas. Muchos empezamos a considerar la posibilidad de que la tecnología lograra lo que había podido conquistar la ideología. La promesa de que el conocimiento, como nueva fuente de creación de riqueza y de poder, lograría el desarrollo y la distribución de la riqueza tuvo, sin duda, grandes repercusiones. La aparición de una especie de poscapitalismo, en el cual jugarían otras reglas de juego y abrían nuevos escenarios para la conquista de los valores de la izquierda, surtió un efecto determinante en muchos socialdemócratas. En forma discreta, pero sostenida, la socialdemocracia europea empezó a aceptar las tesis de la derecha en el funcionamiento de la economía mundial. Ya la izquierda no denuncia lo que está causando este capitalismo global, sino que se oyen voces de defensa, sosteniendo que la pobreza mundial está disminuyendo, como contribución del fenómeno chino.

Pero la situación mundial no refleja el optimismo de la utopía tecnológica. Las tendencias no indican cambios, las cosas pueden agravarse. En plena Era del Conocimiento, hay más de tres mil millones de seres humanos que nunca han hecho siquiera una llamada telefónica. Las cifras sobre la cantidad de gente que muere de

hambre, de los miles de millones que carecen de agua potable, del aumento de enfermedades nuevas que se propagan, la destrucción ambiental, la amenaza del cambio climático, la guerra, el terrorismo y la violencia generalizada, el aumento de las adicciones en el mundo y otros males más no son el reflejo de un mejoramiento. El homo demens liquida al homo sapiens. Comparto la idea con quienes sostienen que el principal problema de la humanidad, causante de otros muy graves, es la distribución inmoral e ineficiente de poder y de riqueza en el mundo.

Ante esta situación, sería esperable, si se actúa desde la ética socialista, una posición de denuncia, de combate contra estos males. Pero al revés, numerosos partidos socialdemócratas y de otras denominaciones de la izquierda europea, evolucionan hacia el centro, quizás hasta la derecha. La globalización, tal y como se despliega ha permitido el renacimiento de un capitalismo primitivo, salvaje. Grandes monopolios crecen en todos los campos y la propia libertad de expresión se ve limitada por la enajenación mental que produce el dominio de empresas gigantes de comunicación que han acaparado el poder informativo del planeta. Culturas autóctonas están siendo amenazadas como la biodiversidad del planeta. Pero no veo a la izquierda europea reaccionando contra esto, lo cual es contrario a los más elementales valores del socialismo y de la socialdemocracia.

El avance de posiciones de izquierda en América Latina, lo cual podría ser un reflejo de una propuesta, de una nueva utopía, una ilusión o una esperanza inspiradora, es por ahora, más el resultado de los estragos causados por el Consenso de Washington y el neoliberalismo. Pero en lugar de comprensión y apoyo, las posiciones que se ven en Europa son de desconfianza. Hay más ceños fruncidos que sonrisas. Y con frecuencia, se escuchan análisis donde se ve claramente la preferencia por posiciones de una izquierda

aséptica, más o menos inofensiva, relativamente tranquila y no muy urgida de resolver problemas sociales.

Pero así son las cosas. La llamada Tercera Vía de Tony Blair, es como dijo su tocayo Giddens, es la aplicación de las ideas de la derecha, solo que manejadas por la izquierda. Posiblemente los británicos ya no tienen grandes dramas sociales, pero no deben olvidar que la pobreza y las calamidades en el mundo representan una amenaza para todos. La globalización no es solo la articulación de las acciones capitalistas. También trae otras consecuencias como las migraciones, las enfermedades contagiosas, la violencia y otras más. Del mismo modo, la socialdemocracia alemana, emparejando con los ingleses, plantean el llamado “Nuevo Centro”, y empiezan a abandonar las posiciones anteriores. La propia izquierda italiana, heredera del Partido Comunista, se cambió el nombre, eliminó la palabra izquierda y ahora son solamente demócratas. He oído que se han declarado partidarios ideológicos del ex Presidente Clinton, de los Estados Unidos. Ya nadie hablará de Gramsci ni mencionará a ninguno de los grandes ideólogos italianos de la izquierda. Y escuché a socialistas franceses quejarse por las posiciones de Segolene Royal, distantes del partido. Todo esto nos muestra una especie de socialismo “light”, sin calorías, insípido, sin compromiso con una humanidad que sigue necesitada de cambio y transformación. ¿Será porque los electores ya no quieren compromisos, que se ha acabado la solidaridad? Lo cierto es que ya la pregunta dominante en muchos partidos no es ¿Para qué queremos el poder?, sino ¿Cómo llegamos al poder? La propia izquierda, inspirada en valores superiores, ahora cae también herida por el consumismo y los encantos del capitalismo.

Quizás, pero eso me hace recordar el análisis que hizo Daniel Oduber, expresidente de Costa Rica, quien vivió en París en Mayo del 68. Según Oduber, cuando el Partido Comunista y la CGT deciden no apoyar a los estudiantes y más bien, defenestraron a Roger Garaudy, la situación era distinta a lo que había pronosticado el propio Marx: los obreros franceses ya no solo las cadenas tenían que perder, perdían también el Renault nuevo, el apartamento, su nivel de vida y demás.

América Latina debe buscar su propia ruta. Razón tenía Haya de la Torre cuando dijo que el imperialismo sería la fase inicial del capitalismo latinoamericano y no al revés, como lo planteó Lenin. Y como hemos dicho en otras ocasiones, aun cuando admiramos los grandes logros obtenidos en Europa, la socialdemocracia europea es demasiado rubia para América Latina. Aquí hay otra realidad histórica. Esto es muy complejo. Una lógica salida de una dialéctica simple de dos factores, burgueses y nobles, obreros y burgueses y así, no calza con una complejidad como la latinoamericana. En todo caso, la historia había demostrado que, aparte de la lucha de clases, había otros factores, como el nacionalismo, la religión, la cultura, las cuestiones étnicas, generacionales, etc. En América Latina hay una complejidad cultural muy grande: euroamericanismo, afroamericanismo, indoamericanismo, y además, una complejidad social mayor: obreros, campesinos, clase media, oligarquías, pequeños propietarios, profesionales, inmigrantes, criollos, etc. La dialéctica debería ser multidimensional, los análisis tendrían muchas variables. Sería necesario echar mano a las teorías de la complejidad. Aquí no es aplicable una causalidad lineal como la que dio base teórica a las discusiones de los socialistas en Europa. Más que reduccionismo, lo que hace falta ahora es holismo.

En todo caso, como emerge una nueva izquierda, con un No más visible que el Sí, es necesario plantear algunas ideas que podrían desplegar un proyecto de la izquierda latinoamericana. Los No están bien claros: no al neoliberalismo, no al Consenso de Washington, no al fundamentalismo de mercado, no a la corporatocracia que suplanta la democracia, no a los tratados de comercio en favor de las naciones más ricas. No al consumismo desenfrenado, más bien búsqueda de abundancia frugal. ¿Estaría de acuerdo la socialdemocracia en apoyar estas cosas? La pregunta surge porque cada vez se ve más clara la anuencia a aceptar el capitalismo global con las actuales reglas de juego, repudiadas a lo largo de la historia socialista.

Pero no costaría plantear también un inventario de propuestas, de acciones a tomar.

1. La búsqueda de la igualdad, en todos los frentes, igualdad de género, sin duda. Ver la igualdad como un camino, no solo como un destino. Ser igualitario, practicar la igualdad en la vida cotidiana.
2. La mejor distribución del ingreso y la riqueza debe ser objetivo prioritario.
3. Crear una cultura de solidaridad. Serán socialistas los países habitados por pueblos solidarios, no los que tengan leyes socialistas.
4. Culto a la verdad, para combatir la corrupción.
5. Nueva economía, nuevos parámetros donde importe el crecimiento humano, no solo el crecimiento económico.
6. Hambre cero. El derecho al agua y a la comida como derechos humanos indisputables.
7. Nuevos métodos para vencer la pobreza.

8. Unidad latinoamericana, como aquí se ha planteado.
9. Servicios públicos en manos del Estado
10. Socialización del conocimiento. Las ventajas creadas en el actual régimen de propiedad intelectual, en la cuestión de las patentes, está creando una fuerte tendencia a la concentración de la riqueza. Nunca se había visto semejante concentración. Los barones de la industria del siglo XIX lucen como niños de preescolar, al lado de los grandes capitales de hoy.
11. La búsqueda de la máxima distribución de poder, en todos los frentes: político, económico, informativo. Democracia radical.
12. Transformación educativa.
13. Ecología profunda
14. Energías renovables, energía solar, economía del hidrógeno.
15. Salarios crecientes y/o participación de los trabajadores en las utilidades de las empresas.
16. Tributos globales (tasa Tobin) para financiar una gran acometida para mejorar las condiciones de los más pobres del mundo.
17. Democracia económica, pequeñas empresas, cooperativas.
18. Comercio internacional justo, el llamado comercio libre solo ofrece ventajas a los más poderosos.
19. Universalización de los seguros.
20. Sistema tributario progresivo.

Y no se trata de buscar el bienestar y un orden social superior por decreto, pues en realidad, el bienestar solo puede ser conquistado por pueblos con la conciencia para lograrlo, pero siempre es necesario abrir brecha con medidas concretas que no solo mejoren la situación, sino que en sí mismas sirvan como enseñanza.

Eso ayudará mucha a afrontar los grandes desafíos de la actualidad y que pronto dominarán la discusión política: El fin de la era del petróleo y el calentamiento global. Esto plantea escenarios tan graves que llevó a Jacques Chirac, que no es precisamente un socialista que, ante semejantes urgencias, el mundo necesita una revolución de la conciencia, una revolución de la economía, una revolución de la actuación política. El tema será la supervivencia del planeta y de la humanidad. Una escala de valores como la que busca un orden social superior a través de la solidaridad, la cooperación, y no la codicia y la competencia es más útil para salir airoso. Ante ello y ante los grandes males que ha generado esta globalización sin controles, la socialdemocracia y la izquierda europea, tanto por su propio beneficio, como por solidaridad, debería extender la lucha que vienen librando en favor de los trabajadores en sus países, para favorecer también a los billones de pobres en el mundo.